

Las memorias de Renée Méndez Capote

Mercedes Santos Moray

Ensayista y crítica literaria

Desde el espacio infinito de su memoria, así nos parecía a cuantos la conocimos, Renée Méndez Capote sabía tejer la historia y entregar el testimonio de una época, de sus circunstancias y de sus protagonistas, razones suyas que ella podía también amenizar con el ejercicio sutil de la ironía y de ese humor tan cubano, algunas veces desbordado y más vinculado al clásico choteo criollo, que no dejaba ni un fantasma libre de sus juicios y de sus valoraciones.

Respiraba vida, sencillamente, vendedora de los achaques que aquejaban aquel cuerpo mustio, por eso sé que a ella no le gustaría ser recordada de manera luctuosa, aunque se cumplan ya 20 años de su desaparición física, sino alegre y jocosa, reclamando la atención de cuantos la escuchábamos en su propio hogar, centro de todo diálogo que devenía soliloquio.

Si bien aquella fabulosa memoria que la hizo escribir interminables cuartillas para la prensa y las editoriales, entre ellas ese libro suyo, un clásico, y que debería editarse para disfrute de las jóvenes generaciones, las *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, también daba espacio para la fantasía



y la imaginación, enriquecida por la lógica de una anchurosa existencia, alimentada por el ingenio desde la infancia a la ancianidad.

Provenía Renée de la más alta burguesía criolla..., de un patriciado vinculado al movimiento independentista que después enrumbo hacia la política en tiempos de la república, cuando su padre llegó a ser vicepresidente de la nación, el abogado Domingo Méndez Capote, y ella, como sus hermanos, fue cultivada y educada, es decir instruida, dentro de los más estrictos cánones de una sociedad patriarcal, con cierto aire liberal, y preparada para las tareas imaginadas y destinadas a su sexo, el de ser

madre y esposa, pero bien pronto Renecita demostraría su carácter transgresor, y cómo se lanzaría contra los tabúes y prejuicios de sus propios orígenes.

Se formó con institutrices suizas e inglesas y aprendió varias lenguas como el francés, el italiano y el inglés, conocimientos que más tarde se convirtieron en sus herramientas para sobrevivir cuando dejó su nido y fue una simple trabajadora sobre la que cayeron obligaciones económicas, recursos educacionales que le permitieron además ampliar su cultura y no someterse a tradiciones ni fórmulas, siempre ávida de ir más allá, deseosa de ampliar sus horizontes intelectuales.

Sabía música y también danza, además de practicar el deporte, dentro de un perfil más progresivo de la instrucción de la mujer, lo cual le permitió el disfrute del tenis y de la natación, entre otras disciplinas, pero su camino no sería el de la “bella señorita” de la mejor sociedad habanera, sino el de una mujer contestataria e insumisa que, rompiendo sus primeros vínculos matrimoniales, se inscribió como una de las pioneras dentro del divorcio, al separarse de aquel esposo que era, también, un adinerado burgués, y provocar a las buenas costumbres de una época y de una clase social.

Mas si hoy hablamos de Renée, o mejor como ella misma se llamaba de Renecita, es por su obra literaria y periodística y no por su biografía, aunque esta tiene matices de leyenda, la de aquella adolescente de sólo 16 años que publicó su primer artículo en una revista escolar, *Artes y Letras*, la misma que, junto a su hermana Sara dirigió con 17 años.

Consecuente con el ideal patricio, y por convicción, se adentró en los cambios ideológicos y políticos que surgían a escala global y también insular en las primeras décadas del siglo xx, de ahí que estuviera desde temprano vinculada al movimiento revolucionario frente a la dictadura de Gerardo Machado, en la década del 30, y que después y a la caída de la tiranía, trabajara en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y, más tarde, en la Dirección de Cultura.

Intranquila de por sí, no se acomodó como otros de su generación, sino que se enfrentó al primer período del entonces coronel Fulgencio Batista, y participó en la huelga de marzo de 1935, lo cual la condujo al desempleo, variante que sufriría varias veces en su vida laboral.

Casada de nuevo, con un hombre humilde y con una hija, multiplicada después en sus nietos, fue Renée Méndez Capote una mujer trabajadora dentro del perfil de la intelectualidad cubana de las décadas del 40 y del 50, la que en cierta medida también podemos citar dentro de una proyección precursora dentro de aquellos movimientos feministas que, finalmente y antes que en otros países de América y de Europa, obtuvieron el derecho al voto para la mujer.

Como otros escritores cubanos, ella encontró en la radio, en la emisora CMZ entre 1943 y 1946, un lugar como guionista, y tras el golpe de Estado de Batista, en 1952, volvió a la carga esta cubanita que nació con el siglo xx, incorporándose a la lucha clandestina frente a la nueva dictadura, con la pasión que le fue proverbial.

Así aparecieron numerosos textos periodísticos en diversos órganos de prensa, de plurales y muy diferentes tendencias políticas e ideológicas. Después y con el triunfo de la Revolución, entre la oleada de escritores e intelectuales que nucleó, en la Biblioteca Nacional José Martí, su directora María Teresa Freyre de Andrade, estaría Renée Méndez Capote para dirigir la *Revista de la Biblioteca Nacional*, mientras escribía e iba produciendo las cuartillas de aquellas célebres *Memorias...* a las que ya hice mención, y cuyo original debatía con sus colegas de trabajo, como Cintio Vitier, Fina García Marruz y Eliseo Diego, entre otros.

Más tarde, secundó el proyecto de crear un sistema editorial en Cuba, y respondió al llamado que le hicieron, desde la Editora Nacional de Cuba el escritor Alejo Carpentier y desde la Editora Juvenil el escritor hispano Herminio Almendros. Así como viajaría por diversos países durante su prolongada existencia, en diversas delegaciones cubanas, por los Estados

Unidos, México, Francia, España, Suiza, Holanda, Bélgica, Alemania, Austria, Hungría y la antigua Unión Soviética. De esos años quedó su presencia también en diferentes publicaciones, como colaboradora de *Bohemia*, *El Mundo*, *La Gaceta de Cuba*, *Revolución y Cultura*, *Unión y Mujeres*.

Pero sería en la escritura de su propia obra, donde irrumpió con un género híbrido, deudor de la literatura testimonial, de la memoria y de la historia de vida, con obras antológicas como aquel libro suyo: *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*.

Y, además, con sus conocimientos de otras lenguas pudo realizar traducciones y versiones, adaptaciones de clásicos de las letras universales para la infancia y la juventud cubanas como los de *Ivanhoe*, de sir Walter Scott y *El último de los mohicanos*, de James Fenimore Cooper, entre otros autores, al tiempo que desgranaba una literatura que, solía afirmar, estaba dirigida al hombre medio, aunque de ella se han apropiado niños y jóvenes.

